

# Emergencia de desigualdades nuevas

Por M. Jacques MERAUD  
Director del «Centre d'Etude des  
Revenus» (C.E.R.E.C.), París

**«Hay, pues, que reconciliar la reducción de las desigualdades con la búsqueda de la eficacia.»**

Hablar de «emergencias de desigualdades nuevas», es invitarnos primeramente, desde un **balance** de desigualdades actuales, a estudiar la «dinámica» de tales desigualdades. Y entonces, después de haber analizado las **causas** de esta situación y de esta evolución, veremos qué **acciones** son deseables y posibles. Estos serán los cuatro puntos de nuestra reflexión.

## I. Balance de las desigualdades actuales

De salida, observamos «**diferencias**» **individuales**. Pasamos de esta noción a la de la «desigualdad» cuando **medimos** las manifestaciones de estas diferencias, y cuando clasificamos sobre una **escala** a las personas, con sus características socio-económicas, según posean más o menos tal ventaja. Aparecen entonces casi siempre arriba en la escala los mismos grupos socio-económicos cualesquiera que sea el criterio de clasificación, y casi siempre también abajo los mismos grupos. Hay, pues, «**desigualdad**» y no solamente diferencias.

Los problemas de la **medida** de la amplitud de las desigualdades no son simples, como podemos mostrarlo, por ejemplo, cuando queremos dar cuenta de la «jerarquía» de los salarios o medir su «abanico», o aun evaluar las disparidades entre salarios masculinos y femeninos. Muchas veces serán necesarios varios indicadores para describir con objetividad la realidad en toda su complejidad.

Un testimonio objetivo, fundado sobre el estudio del «caso» francés, muestra que existen:

M. T. MERAUD

— desigualdades de **rentas** (dentro del grupo de los salarios y de los subgrupos que lo componen, entre los diversos grupos de «no asalariados», entre asalariados y no asalariados, etc...), sobre las cuales no insistiremos ya que están tratadas en otros estudios;

— desigualdades de **patrimonio**: éste, además de las rentas financieras o del «autoconsumo» que muchas veces procura, puede proporcionar consideración, seguridad, etc...;

— desigualdades en los patrones de **consumo**, de vivienda, de equipamiento doméstico, etc..., las cuales están ampliamente ligadas a los ingresos y al patrimonio;

— desigualdades en las **condiciones de trabajo** (penosidad, riesgos para la salud, ambiente, horarios, responsabilidades, etc...);

— desigualdades en el **entorno natural** (proximidad a la Naturaleza, con sus efectos en la salud física y el equilibrio físico, ambiente más o menos contaminado) y en el **entorno humano** (vida de relación, transportes...): problemas ciudad-campo;

— desigualdades en la **seguridad del empleo**;

— desigualdades en el **acceso a los bienes «colectivos»** (educación, salud, cultura, ocio, equipamientos urbanos y rurales, justicia, etc...);

— desigualdades de **poder** y de **consideración** en el cuerpo social.

Otro elemento más es la toma en consideración de las desigualdades en las **cargas** o en las **necesidades**: casos particularmente importantes el de las familias numerosas y el de las personas mayores.

Finalmente hay que notar la importancia de las actitudes ante las desigualdades: los franceses encuentran normal que las haya, pero, aun subestimando su amplitud, la encuentran excesiva.

## II. La evolución de las desigualdades

Estas desigualdades no son nuevas, aunque han adoptado, de una época a otra en el pasado, formas diferentes.

¿Cómo han evolucionado, por una parte a muy largo plazo (digamos en cincuenta o cien años), y, por otra, en el curso de los decenios y más aún de los años más recientes?

Muchas desigualdades se han **reducido**, si nos referimos a lo que sucedía hace cien años, hace treinta años o hace diez años. Podemos dar numerosos ejemplos de ello: alimentación, equipos de menaje, posesión de un coche, vacaciones de verano, mejora del confort de numerosos alojamientos, Seguridad Social, horarios y condiciones de trabajo, especialmente de los niños y de las mujeres, etc... La comprobación de la existencia de desigualdades aun importantes **hoy** no debe impedir el ver que el ayer era peor y «antaoño» mucho peor aún.

Sin embargo, hay que hacer también algunas reservas:

— Hay aún «excluidos», categorías más o menos marginales que apenas se han beneficiado del progreso que ha aprovechado a la mayoría (léase particularmente el «Cuarto Mundo», cuyo Movimiento «Ayuda a toda miseria» nos recuerda su existencia).

— Hay categorías que, en ciertas épocas, en el pasado, han podido ver temporalmente mejorada su situación, pero en cuyo detrimento se acrecentó la desigualdad en períodos más recientes: caso de familias numerosas cuya situación relativa se deterioró en Francia desde hace veinticinco años; caso de los parados, a pesar del esfuerzo importante que se hizo para atenuar las consecuencias financieras del desempleo.

— Desigualdades nuevas han aparecido a medida que otras se han atenuado: la «segregación» geográfica de las categorías sociales se ha acrecentado (barrios ricos y barrios modestos); los equipos de menaje más modernos no son para todos; el consumo de las categorías acomodadas se ha vuelto hacia ciertos objetos de mobiliario o de lujo (muebles antiguos, objetos de arte, alfombras, joyas, etc...); ciertos bienes culturales (cadenas de alta fidelidad, estancia de los niños en el extranjero...), ciertos modos de ocio (residencias secundarias, deportes de invierno, barcos, viajes lejanos) están aún muy desigualmente repartidos: el entorno natural muchas veces se ha degradado, la distancia del domicilio al lugar de trabajo se ha acrecentado, principalmente en perjuicio de los que no tenían los medios financieros necesarios para encontrar un paliativo a estos «perjuicios»; a medida que las técnicas sanitarias progresan, las más modernas empiezan por beneficiar a las personas que tienen un rango social elevado o una fortuna importante, etc...

En resumen, si pudiéramos hacer objetivamente el balance de los aspectos positivos y de los aspectos negativos de la evolución, parece bastante claro que el «positivo» ganaría. Y sin embargo, cuando interrogamos a los franceses, predomina más bien el sentimiento de que las desigualdades se han acrecentado. Es que el deseo de cada uno, estimulado por los «mass media», crece

M. T. MERAUD

siempre más deprisa que los medios de que se dispone para satisfacerlo.

### III. Causas de la situación y de la evolución

No insistiremos sobre las razones de las desigualdades, ya que esta cuestión está tratada en otras comunicaciones a propósito de las desigualdades de **ingresos** y de las de **patrimonio** que las determinan en gran medida. Notemos solamente que, si las desigualdades han tomado nuevas formas concretas, en el marco de la sociedad industrial y del capitalismo liberal—formas que varían de un país a otro según las mentalidades locales—, la desigualdad no ha nacido en tal marco; es una característica de la mayoría de las sociedades de todas las épocas, y su existencia está ampliamente ligada a la naturaleza misma del hombre.

Si podemos preguntarnos aquí sobre las causas de la **evolución** de las desigualdades; más particularmente: el progreso económico ¿acrecienta o reduce las desigualdades sociales?

Podemos estimar primeramente que la existencia de desigualdades tiende a sostener el crecimiento en la medida en que este resulta del dinamismo de la demanda, la cual está estimulada por la toma de conciencia («mass media», publicidad) de las condiciones de vida de los más favorecidos.

Pero el crecimiento mismo que satura la demanda, tiende a reducir las desigualdades al difundir los patrones de consumo de las clases más desahogadas, las cuales, a su vez, se ven poco a poco «saturadas» de bienes de consumo (ejemplos del refrigerador o del automóvil). Esto presupone que el aparato de producción pueda responder a la llamada de la demanda; dicho de otra manera, que no haya un futuro relativamente cercano de limitación de la oferta. Para los bienes escasos, por el contrario, el efecto del desarrollo de las apetencias es esencialmente el alza de los precios; con lo cual las desigualdades se «consolidan» e incluso pueden reforzarse.

Como, a medida que se extiende el uso de tales o tales bienes, el progreso técnico hace nacer otros nuevos o aporta la posibilidad de mejores condiciones de vida, estas ventajas nuevas aprovechan primero sólo a algunos y, por lo tanto, desigualdades nuevas aparecen. Del mismo modo cuando la expansión de la civilización industrial y urbana introduce perjuicios, algunos pueden eludirlos antes que otros, por lo que, provisionalmente, una nueva desigualdad nace en tal o cual dominio.

Si viviésemos, pues, en un sistema perfectamente liberal, el crecimiento crearía sin cesar nuevas desigualdades reduciendo otras.

Pero la intervención de los poderes públicos y la acción de los sindicatos han modificado el funcionamiento del sistema, ya sea, en tal o cual época creando «discontinuidades» (colegio obligatorio, vacaciones pagadas, Seguridad Social), ya sea de manera más continua por políticas tendentes a reducir ciertas desigualdades (política del salario mínimo interprofesional de crecimiento, evolución del trato de la función pública diferenciada según el nivel jerárquico, mínimo de vejez, política de equipamiento en el medio rural, acrecentamiento de la parte de la educación en el presupuesto de Estado, etc...).

Este reforzamiento de la intervención de los poderes públicos tiene que ser financiado por el impuesto o las cotizaciones sociales. En régimen de «crecimiento cero», esto exige un acrecentamiento de la «contribución obligatoria» expresada en porcentaje de la Producción Interior Bruta. En período de crecimiento fuerte, por el contrario, es posible utilizar una parte de los progresos de la productividad del aparato económico para orientarlo «sin dolor» —o con menos dificultad— hacia el desarrollo de los «servicios colectivos».

Lo mismo que en el sector privado, es posible aumentar los bajos ingresos—en términos reales—sin disminuir los altos ingresos, es decir, encaminar hacia las categorías menos favorecidas los «dividendos del progreso». Un ritmo elevado de crecimiento facilita, pues, la reducción de las desigualdades, no espontáneamente, sino a condición de que sea llevada una política deliberada en este sentido. Esto no significa ciertamente que el **contenido** del crecimiento no deba evolucionar, sino sólo que su ritmo debe sostenerse tan elevado como sea posible, tenida cuenta, por una parte, de las disponibilidades en mano de obra y de la formación de esta y, por otra, de las limitaciones que impone la necesaria lucha contra la inflación.

#### IV. Las acciones posibles

Si en muchos aspectos las desigualdades se han reducido, es porque se han puesto en práctica políticas **voluntarias**. En la base de estas políticas, ha habido siempre una opción, explícita o no, inspirada por una ética. Es, además, una referencia **ética** la que hace sentir tal «desigualdad» como una «injusticia».

Para un cristiano, el ideal en la materia está claro, aunque sea difícil de alcanzar, incluso al nivel de su comportamiento personal. A la desigualdad de las rentas y de los patrimonios se opone el espíritu de pobreza y de comunidad; a la desigualdad de poder, de responsabilidad, de condiciones de trabajo, se opone el espíritu de servicio; a la desigualdad en los modos de vida (vivienda, educación, ocio...), se opone el espíritu de fraternidad. Por encima de

M. T. MERAUD

todo, todos los hombres tienen la misma dignidad de resucitados, cualquiera que sea su inserción social. ¿Cómo traducir esta convicción en la política?

Es qué, al mismo tiempo, hay que ser realistas. La reducción de las desigualdades no debe hacerse en perjuicio de la libertad. Y si lo queremos lograr en la libertad, tendremos que, yendo «lo más lejos posible», no ir demasiado lejos en la vía de la reducción de las desigualdades, ya que, siendo el hombre lo que es, «desmotivaríamos» a demasiada gente entre los actuales privilegiados, de quienes depende en buena parte el dinamismo del aparato económico.

Hay, pues, que conciliar la reducción de las desigualdades con la búsqueda de la eficacia.

Las modalidades de la acción, el calendario de su realización, los límites que no se han de sobrepasar, habrán de ser definidos en este espíritu. Es decir, que necesitamos, a la vez, de profetas y de gestores...